

THE HOMILY FOR THE 30TH SUNDAY IN ORDINARY TIME, YEAR C. 10-26TH 2026

Readings. Sirach 35:12-14, 16-18. 2Timothy 4:6-8,16-18. Luke 18:9-14

Our theme for this weekend: The kind of prayer that heals us and builds relationships.

Dear beloved of God,

The parable of today's Gospel, to some extent resonates with our prayer life. The first impression is to admire the prayer of both the Pharisee and the Tax Collector. The Pharisee looks impressive. He stands confidently before the Altar. His words sound holy. He observes the days of fasting. He is faithful in paying his tithe, and he does everything well required by the law; but something is missing-humility. What sounds very strange with the Pharisee, he states that he is very holy, righteous and he is not like the rest of the people who are sinners.

This Gospel is a continuation of last weekend's Gospel which called us to pray unceasingly without getting tired. Today's message is about how we pray and the spiritual and moral fruits of our prayers.

Therefore, his prayer was about praising himself and judging others as sinners. He felt he did not desire to be near sinners, lest they become an obstacle to improving his state of holiness.

His prayer is not really to God; it is to himself. He lists his virtues as if presenting his resume to heaven, and in doing so he shuts God out. Meanwhile, in a corner stands the tax-collector-a man despised by society. He dares not lift his eyes. He strikes his breast and whispers- ***"God be merciful to me a sinner"***. He has no merits to boast of, no excuses to offer, no comparisons to make; he simply throws himself into the mercy of God. And Jesus says something revolutionary;" This man went home justified rather than the other".

The heart of the Gospel, dear friends, is not about who is better or worse. It is about how we stand before God. While God appreciates and acknowledges our spiritual, moral and social achievements, He is moved by our humility. The

pharisee's pride closed his heart to grace; the tax collector's humility opened his heart to mercy.

Every time we come to Church, to Mass, or even to our daily prayers, we face the same choice: Do I tell God how good I am, or I listen to God to tell me how loved I am despite my weakness? There is something unacceptable with pride. Pride blinds us to our needs for God, while humility opens our eyes to see His saving love. Pride compares; humility confesses. Pride judges others, humility prays for them. Pride builds walls, while humility builds bridges.

Dear beloved of God, the true path to greatness in God's Kingdom is to go lower-into the depth of God's compassion, His love and mercy.

This parable is a gentle and yet powerful reminder for all of us gathered here today. The Christian life we are called to live is the kind that seeks God's mercy and His blessings. It is a wake-up call to remind ourselves of the need to kneel at Jesus' feet and ask for forgiveness of those sins we have committed and for the good things we intentionally ignore to do for one another. Our holiness is not measured by our titles or duties, but by the sincerity of our hearts. Invoking God's help to have mercy on us in the Penitential Act of the Mass, prepares us to participate in the thanksgiving Mass to God our Father.

Like the tax Collector, we submit our will to God when we listen to His word being proclaimed; and with our hearts opened to be filled with His grace, we humbly approach the Altar of His sacrifice to receive Him-His Body, Blood, Soul and Divinity.

May the Eucharist we celebrate make us more aware of our need for God, and the need to be compassionate towards others. For when we stop judging others and start loving them, we reflect the very heart of Christ. AMEN.

Rev. Fr. Silverino Kwebuza, SJ-Pastor.

HOMILÍA PARA EL 30.º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, AÑO C. 10-26 DE 2026

Lecturas: Eclesiástico 35,12-14.16-18; 2 Timoteo 4,6-8.16-18; Lucas 18,9-14

Nuestro tema para este fin de semana: La oración que nos sana y fortalece nuestras relaciones.

Queridos hijos de Dios:

La parábola del Evangelio de hoy resuena en cierta medida con nuestra vida de oración. La primera impresión es admirar la oración tanto del fariseo como del publicano. El fariseo luce imponente. Se mantiene confiado ante el altar. Sus palabras suenan santas. Observa los días de ayuno. Es fiel en el pago de sus diezmos y cumple con todo lo que exige la ley; pero le falta algo: humildad. Lo que suena muy extraño del fariseo es que afirma ser muy santo, justo y no como el resto de los pecadores.

Este Evangelio es una continuación del Evangelio del fin de semana pasado, que nos llamaba a orar incesantemente sin cansarnos. El mensaje de hoy trata sobre cómo oramos y los frutos espirituales y morales de nuestras oraciones.

Por lo tanto, su oración consistía en alabarse a sí mismo y juzgar a los demás como pecadores. Sentía que no deseaba estar cerca de los pecadores, para que no se convirtieran en un obstáculo para mejorar su santidad.

Su oración no es realmente a Dios; es a sí mismo. Enumera sus virtudes como si presentara su currículum al cielo, y al hacerlo, excluye a Dios. Mientras tanto, en un rincón se encuentra el recaudador de impuestos, un hombre despreciado por la sociedad. No se atreve a levantar la vista. Se golpea el pecho y susurra: «Dios, ten piedad de mí, pecador». No tiene méritos de los que jactarse, ni excusas que ofrecer, ni comparaciones que hacer; simplemente se entrega a la misericordia de Dios. Y Jesús dice algo revolucionario: «Este hombre regresó a casa justificado y el otro no».

El corazón del Evangelio, queridos amigos, no se trata de quién es mejor o peor. Se trata de cómo nos presentamos ante Dios. Si bien Dios aprecia y reconoce nuestros logros espirituales, morales y sociales, se conmueve por nuestra humildad. El

orgullo del fariseo cerró su corazón a la gracia; la humildad del publicano abrió su corazón a la misericordia.

Cada vez que vamos a la iglesia, a misa o incluso a nuestras oraciones diarias, nos enfrentamos a la misma disyuntiva: ¿Le digo a Dios lo bueno que soy o escucho a Dios para que me diga cuánto me ama a pesar de mi debilidad? Hay algo inaceptable en el orgullo. El orgullo nos ciega a nuestra necesidad de Dios, mientras que la humildad nos abre los ojos para ver su amor salvador. El orgullo compara; la humildad confiesa. El orgullo juzga a los demás, la humildad ora por ellos. El orgullo construye muros, mientras que la humildad construye puentes.

Queridos amados de Dios, el verdadero camino a la grandeza en el Reino de Dios es adentrarse en la profundidad de la compasión de Dios, su amor y su misericordia.

Esta parábola es un recordatorio suave y a la vez poderoso para todos los que estamos reunidos hoy aquí. La vida cristiana que estamos llamados a vivir es la que busca la misericordia y las bendiciones de Dios. Es una llamada de atención para recordarnos la necesidad de arrodillarnos a los pies de Jesús y pedir perdón por los pecados que hemos cometido y por las cosas buenas que intencionalmente ignoramos hacer los unos por los otros. Nuestra santidad no se mide por nuestros títulos o deberes, sino por la sinceridad de nuestro corazón. Invocar la ayuda de Dios para que tenga misericordia de nosotros en el Acto Penitencial de la Misa nos prepara para participar en la Misa de acción de gracias a Dios nuestro Padre.

Como el recaudador de impuestos, sometemos nuestra voluntad a Dios cuando escuchamos su palabra proclamada; Y con el corazón abierto para ser colmados de su gracia, nos acercamos humildemente al altar de su sacrificio para recibirlo: su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad.

Que la Eucaristía que celebramos nos haga más conscientes de nuestra necesidad de Dios y de la necesidad de ser compasivos con los demás. Porque cuando dejamos de juzgar a los demás y empezamos a amarlos, reflejamos el corazón mismo de Cristo. Amén. *Rev. Padre Silverino Kwebuga, A.J. - Pastor.*